

PQ 2472

.M6

SG

1897

Es propiedad. Queda hecho el depósito que marca la ley.



FRM

5336

PARIS. — IMPRENTA DE LA V^{PA} DE CH. BOURET.

Clotilde Valentina

MI HERMANO IVES

I

La libreta de marinero de mi hermano Ives es parecida en todo á las libretas de los otros marineros. Cúbrela, como á todas, papel apergaminado de color amarillo, y á consecuencia de sus largos viajes dentro de diferentes cajones del navío, carece completamente de frescura. Sobre su cubierta aparece en caracteres de gran tamaño lo siguiente :

KERMADEC, 2.091, P.

Kermadec es el apellido; 2.091 el número que tiene como individuo de la Armada nacional, y P. la inicial de Paimpol, puerto en el cual se halla matriculado.

En la primera página de la susodicha libreta pueden leerse estas indicaciones : « Kermadec (Ives-María), hijo de Ives-María y de Juana Dan-

veoch. Nació en el día 28 del mes de Agosto del año 1851, en Saint-Pol-de-León (Finisterre). *Estatura*, 1,50 m.; *pelo*, castaño; *ojos*, pardos; *nariz*, regular; *cara*, ovalada.

Señas particulares. Lleva marcadas : en la parte izquierda y superior del pecho, un ancla; y en la muñeca del brazo derecho, un brazalete que figura un pez.

Entre los verdaderos marinos estaban muy en boga todavía, hace dos ó tres lustros, estas *marcas*, que eran ejecutadas, á bordo de *La Flora*, por cualquier amigo desocupado. Ives, para quien esta operación humillante había sido muy poco grata, no cesaba un momento de pensar en que debía desaparecer. La idea de que está *marcado* como un criminal ó como una bestia, de un modo indeleble, y que, merced á esos dibujillos, se le reconocería siempre y en todas partes, es para su espíritu una verdadera tortura.

En las siguientes páginas de la libreta se hallan impresas las Ordenanzas, nada suaves, á que está sometido el marino; aparecen allí expuestas en lenguaje conciso y claro, y á la vista, las faltas que el marino puede cometer y las penas respectivas en que por ello incurre; desde la insubordinación ligera, que es castigada con algún trabajo extraordinario de noche,

hasta la verdadera rebelión, que lleva aparejada la pena de muerte.

Por desgracia, la lectura diaria de estas severísimas Ordenanzas nunca ha sido suficiente para inspirar á los marinos en general, ni á mi hermano Ives en particular, el saludable terror que habría convenido.

Continuando el examen de la libreta, se encuentran después algunas páginas manuscritas y que llevan todas nombres de buques, sellos azulados, y cifras y fechas.

Los furrieles, personas de gusto exquisito, han exornado esta parte de la libreta con rúbricas historiadas. En esa parte se hallan consignadas también las campañas del interesado y las soldadas que ha recibido.

¡Los primeros años!... ¡Aquellos en que ganaba cada mes quince francos, de los cuales separaba diez para su madre; años pasados con el pecho al aire, viviendo medio desnudo en lo alto de los mástiles gigantescos, y errando, sin cuidarse para nada del mundo, por la variedad desierta del mar; años tranquilos, en los cuales nacía el amor, tomaba forma en el alma, virgen aún é inculta, y se traducía luego, ya en embriaguez brutal, ya en sueños purísimos, según los lugares donde el viento le lanzaba, según

las mujeres que la casualidad arrojaba en sus brazos; terrible despertar del corazón y de los sentidos, grandes conmociones, sacudidas enérgicas, y después vuelta á la vida regular, casi ascética, de la navegación, al encierro en el navío flotante... Todo esto se encuentra allí y se ve detrás de aquellas fechas y aquellos números, acumulados año por año en la libreta del marino. ¡Peregrino poema de aventuras y de privaciones que palpita entre las hojas amarillentas!

II

El día 28 de Agosto de 1851 hacía, según parece, un tiempo hermosísimo en *Saint-Pol-de-León*, en Finisterre.

El pálido sol de Bretaña sonreía y festejaba al recién nacido que, andando el tiempo, tanto había de amar al sol y á Bretaña.

Ives vino al mundo bajo la forma de un robusto infante, muy rollizo y muy bronceado. Las mujeres que presenciaron su nacimiento pusieronle el apodo de *Bugel-Du*, que significa *niñito negro*. Esto era de familia: los Kermadec eran, desde muy antiguo y de padres á hijos,

gente de mar, y el color bronceado parecía en ellos hereditario.

Un día hermosísimo de verano en *Saint-Pol-de-León*, es decir, una cosa extraordinaria en aquella región de las brumas constantes, una especie de melancólica irradiación de la luz solar esparcida sobre todo; la envejecida ciudad de la Edad Media como saliendo, medio dormida aún, de su profundo sueño, y rejuvenecida; los sillares de granito calentándose al sol; el campanario de Creizker, el gigante de los campanarios bretones bañando en el azul puro del cielo y en plena luz sus grietas, de que brotan líquenes amarillentos.

Y en rededor las landas salvajes, adornadas con el ramaje áspero de los brezos y exhalando el dulce aroma de la flor de retama.

Asistieron al bautizo: una joven, la madrina; un marinero, el padrino; detrás los dos hermanillos, Goulva y Gildas, que daban las manos á sus hermanas Ivona y María, cada una de las cuales llevaba su correspondiente ramo de flores.

Cuando el acompañamiento penetró en la antigua iglesia de los Obispos de León, el monaguillo, que tenía asida la cuerda de la campana, disponíase á comenzar el volteo que parecían exigir las circunstancias; pero sobrevino el

señor cura, y con voz áspera y desabrida le dijo:

— ¡Estáte quieto, Bervrac'h, por el amor de Dios! Estos Kermadec nunca dan un sueldo para el culto, y el padre consume todo lo que gana en la taberna; no han de tocar las campanas por esta gentecilla.

He aquí por qué mi hermano Ives entró como pobre en el mundo.

Juana Danveoch, la pobre recién parida, escuchaba con inquietud desde su lecho, á fin de no perder las vibraciones del bronce, que tardaban demasiado en comenzar. Préstó atento oído bastante tiempo, y nada oyó; comprendió entonces la afrenta pública impuesta por el sacerdote, y derramó lágrimas amargas.

Cuando el acompañamiento regresó á casa, los ojos de la pobre madre estaban todavía húmedos.

Esta humillación, no merecida en verdad, ha permanecido grabada constantemente en la memoria de Ives. Jamás perdonará este mal recibimiento, de que fué víctima inocente, ni las lágrimas derramadas por su madre; guarda siempre al clero romano un rencor inextinguible, y tiene cerrados para la Iglesia católica sus sentimientos y su alma de bretón.

III

Han transcurrido veinticuatro años y nos hallamos en Brest, en una noche de Diciembre.

Cae sin cesar la lluvia fría, penetrante; deslízase á lo largo de las paredes, tornando más oscuras las pizarras que cubren los edificios y las casas de granito. El agua parece como si se complaciese en regar á la muchedumbre alborotadora, que bulle, mojada y todo, hecha una sopa, por las calles estrechísimas y bajo un crepúsculo triste y oscuro...

Componíase esta muchedumbre dominguera de marineros borrachos que cantaban; de soldados que podían apenas sostenerse, y andaban cayendo y levantándose, produciendo un ruido espantoso con sus sables, que chocaban con el pavimento, y de populacho obrero de miserable aspecto: mujeres que lucían abrigo de merino y puntiagudas tocas de muselina, encendidos los ojos, rojas las mejillas, y despidiendo un pronunciadísimo olor de aguardiente; viejos y viejas, de borrachera repugnante y sucia, que habían caído y á quienes se había levantado y andaban, llenos de barro los vestidos.

La lluvia caía, caía y lo mojaba todo; los sombreros, con hebilla plateada, de los bretones; las gorras de los marineros, los galoneados *chascás* de los soldados, las capas blancas y los paraguas.

Había en la atmósfera tal oscuridad, que no podía presumirse que existiese un sol en alguna parte. Encontrábase uno como preso bajo capas de espesas y húmedas nubes que le inundaban; parecía imposible que aquellas nubes llegaran á abrirse y que detrás de ellas se viera el cielo. Se respiraba agua. Habíase perdido la noción del tiempo, y nadie se daba razón de si aquella oscuridad provenía de lo espeso de las nubes, ó si era ya la noche cerrada.

Los marineros llevaban á estas calles, y á pesar de todo, la nota ruidosa de la alegría y de la juventud con sus bulliciosas canciones. Iban y venían de una taberna á otra, empujando á los transeuntes, pronunciando frases que no tenían sentido alguno y que les hacían reír estrepitosamente. Ó bien se detenían delante de los escaparates de las casas en que se vendían objetos de su uso: pañuelos encarnados, en cuyo cabo había pintado algún buque, nombrado *La Bretaña*, *La Triunfante* ó *La Devastación*; cintas para sus gorras, con hermosos letreros de oro, silbatos

de plata para los contra maestres, cinturones rojos, peines, espejillos, etc., etc.

De vez en cuando, grandes ráfagas de viento arrebatában de pronto las gorras ó hacían vacilar á los transeuntes ebrios, y otras veces la lluvia se hacía más torrencial y azotaba como el granizo.

La muchedumbre de los marineros seguía aumentando; veíaseles surgir en bandadas por la calle de Siam; subían del puerto y de la población baja por las innumerables escaleras de granito, y se desquitaban después cantando por diferentes calles.

Los que llegaban de la rada estaban más mojados que los otros por la lluvia y por el agua del mar.

Desde sus botes habían saltado alegremente á tierra por la escalera que conduce hasta la ciudad, sacudiéndose como gatos á quienes se hubiese remojado, ó como perros después del baño.

El viento silbaba por las calles, cada vez más oscuras; la noche se presentaba detestable.

En la rada, y á bordo de un buque llegado aquella misma mañana de la América del Sur, el contra maestre había dado orden de *armar el bote*. Esta orden produjo en la tripulación indescriptible alegría. Habíase temido durante algu-

nos minutos que el temporal imposibilitaría la comunicación con Brest, y el silbato del contra-maestre vino á desvanecer esa duda y á conjurar esos temores. Después de una campaña de tres años, por primera vez aquellos marineros iban á pisar tierra de Francia, y su impaciencia era grande.

Cuando los individuos designados estuvieron colocados en el bote simétricamente y en sus bancos respectivos, el mismo contra-maestre llamó á los marineros que habían obtenido permiso.

Hallábanse alborotados el viento y el mar; las lejanías de la rada estaban sumergidas en una niebla cenicienta, formada por la lluvia.

Los marineros francos de servicio alineábanse precipitadamente á medida que oían pronunciar sus nombres y sus números correspondientes, animados sus expresivos semblantes por la alegría de ver nuevamente á Brest. Vestían todos ellos sus hermosos trajes de domingo; terminaban bajo aquella lluvia torrencial, y prestándose auxilio unos á otros, los últimos pormenores de su tocado, con cierto aire de coquetería.

Cuando gritó el contra-maestre: *¡Doscientos dieciocho: Kermadec!* se vió aparecer á Ives: un guapo mozo de veinticuatro años, de aspecto grave y de marcial continente.

Alto, delgado, de brazos musculosos, de cuello de atleta, ofrecía en su conjunto la apariencia de una energía y una fortaleza un tanto desdeñosas. En sus palabras, de ordinario breves, advertíase muy marcado el acento del país; su voz, casi siempre baja, vibraba de un modo particular, como esos instrumentos de sonidos muy fuertes que se tañen con mucho cuidado á fin de evitar que produzcan demasiado ruido.

Sus ojos pardos, algo próximos uno á otro, y muy internados en sus órbitas, con la expresión de quien mira hacia dentro; la nariz fina y regular; el labio inferior, un poco saliente, daba á su rostro la expresión del desprecio.

Su semblante, inmóvil, parecía de mármol siempre que no se sonreía; entonces todo cambiaba, y se echaba de ver que Ives era muy joven. Era la sonrisa de los que han padecido mucho: su cara adquiría entonces una dulzura infantil y se iluminaban los rasgos endurecidos del marino, bien así como algún rayo de sol alegre, por casualidad, los peñascos de las costas bretonas.

Cuando Ives apareció, los otros marineros, que estaban en fila, le recibieron con sonrisas cariñosas y con muestras inusitadas de respeto.

Era porque llevaba por primera vez en su manga, los galones rojos de contra-maestre, car-

go con que poco antes había sido agraciado. Á bordo tiene alguna importancia un contramaestre de maniobras; sus modestos galones de estambre, que en el ejército obtiene fácilmente cualquiera, en la marina representan muchos años de padecimientos y de luchas; representan la fuerza y la vida del joven, empleadas á todas las horas del día y de la noche allá, en lo alto de la arboladura, ese dominio de los grumetes, sacudido siempre por todos los vientos y por todas las tempestades. El jefe de los gavieros se acercó á Ives y le tendió la mano. Antiguamente él había sido también un grumete duro para el trabajo, y conocía bien á los hombres de fuerza y de valentía.

— ¡Hola, Kermadec! le dijo estrechando afectuosamente su mano; ¿vas á *mojar* esos galones?

— Sí, maestro, respondió Ives en voz muy baja y con aire grave y pensativo.

No se refería, por cierto, al agua de la lluvia aquel lobo de mar; en este concepto, la *mojadura* estaba asegurada. No; en marina, *mojar* los galones significa embriagarse para honrarle en el que se estrenan (1).

(1) Esta locución se ha generalizado, y es usual también entre los que no son marinos para significar algo como fiesta y jolgorio, con que se solemniza algún acontecimiento fausto; fiesta que el favorecido costea. (N. del T.)

Ives permaneció pensativo recordando la necesidad de esa ceremonia, porque poco antes había jurado ser prudente, y deseaba cumplir su juramento.

Además, Ives estaba ya cansado de esas escenas de taberna, repetidas en todos los países del mundo: arrastrar la noche en todos los burdeles, á la cabeza de los más díscolos y de los más ebrios; hacerse recoger á la madrugada en los arroyos; ¡bah! eso á la larga hastía, por muy buen marinero que uno sea. Por otra parte, los días siguientes son muy penosos, y se parecen todos. Ives sabía todo esto, y ya no lo apetecía.

Muy negro y muy triste era aquel tiempo de Diciembre para su regreso. Bien que uno fuese indiferente y joven, este tiempo nublaba el gozo de la vuelta con cierta nube de melancolía. Ives experimentaba esas impresiones mismas que le causaban, á pesar suyo, cierto asombro triste; porque todo esto, al cabo, era su Bretaña: respiraba en la atmósfera los perfumes de su patria, y la reconocía aun en aquella oscuridad de sueño.

Lanzóse el bote, llevándolos á tierra á todos, y se alejó rápidamente del buque, impulsado por el viento Oeste y saltando á merced de las olas, cuyas aguas, como arrojadas por manos furiosas,

venían á chocar violentamente contra los marineros, los cuales, con la cabeza baja y apretados unos contra otros, sobrellevaban aquel diluvio, como suelen sufrir los rebaños de ovejas los efectos de una tempestad.

No hablaban; reconcentrábanse todos en sus esperanzas de placer próximo. Había entre ellos jóvenes que no habían pisado tierra durante un año; el oro llenaba sus bolsillos, y los más desordenados apetitos hacían hervir su sangre.

Algo pensaba Ives en las mujeres que le esperaban en Brest, y entre las cuales podría elegir dentro de muy poco; sin embargo, estaba triste: nunca tantos y tan diversos pensamientos habían turbado simultáneamente su cabeza.

En muchas ocasiones había probado profundas melancolías, durante ese silencio imponente de las noches del mar tranquilo; pero en esos sueños, la idea del regreso á la patria presentábase á su espíritu rodeada de brillantísimos colores, y ahora, cuando ese anhelado regreso llegaba, sentía oprimírsele el corazón como nunca se le había oprimido.

No comprendía lo que le pasaba; pues, como los niños, no se cuidó nunca de investigar las causas de sus impresiones.

Vuelta al viento su arrogante cabeza, sin repa-

rar en el agua que se deslizaba por su cuello azul, permanecía de pie, casi sostenido por el grupo de marineros que se apretaban contra él.

Aquellas costas de Brest, cuyos vagos contornos se dibujaban como á través de un velo formado por el agua, enviaban á su mente un recuerdo de sus primeros años. Lo pasado había sido rudo, y por primera vez pensaba Ives en lo que podría ser lo porvenir.

¡¡ Su madre !!... Dos años hacía ya que Ives no había escrito á su madre; pero los marinos hacen siempre lo mismo, y sin embargo quieren á sus madres con toda el alma. Es la costumbre: desaparece uno durante algunos años, y de pronto, y cuando menos se le espera, sin aviso previo, aparece con los galones en la manga y con dinero ganado á fuerza de trabajo, y suficiente para llevar la alegría y la holgura al pobre hogar abandonado.

Ives pensaba en muchas cosas, y sus ojos no veían nada. La imagen de su madre había adquirido poco á poco una dulzura infinita; recordaba que su madre vivía allí, muy cerca, en los pueblecitos de la Bretaña, bajo el mismo crepúsculo que á él le rodeaba: sólo faltaban dos ó tres días para que su amante hijo pudiese sorprenderla y abrazarla.

Las sacudidas violentas del mar, la velocidad de la embarcación y el viento, influían de una manera directa en los pensamientos de Ives, que eran incoherentes y cambiaban á menudo. Entristecíale regresar á su país en día tan sombrío. En sus viajes últimos habíase habituado al calor y al cielo azul de los trópicos, y aquí, en su país, parecía que un inmenso sudario había arrojado sobre el mundo una triste noche.

Pensaba después en su propósito de no beber, no porque eso de la bebida estuviera mal visto, antes por el contrario, era costumbre inveterada entre los marinos bretones, sino porque me lo había prometido, y además porque á los veinticuatro años ya se experimenta algún cansancio de los placeres y se comprende la necesidad de proceder con prudencia en esto.

Pensaba entonces en el asombro que tan inusitada templanza produciría en sus compañeros, sobre todo en su más íntimo amigo Barrada, y en la admiración con que le verían al día siguiente regresar al puerto por su propio pie y andando derecho. Esta idea iluminaba su varonil y grave rostro con una sonrisa de niño.

En esto casi habían llegado al castillo de Brest, y al abrigo de aquellas enormes masas graníticas restablecióse repentinamente la calma. Ya no

danzaba el bote; deslizábase tranquilamente bajo la lluvia, habían sido amainadas las velas, y los remeros le aproximaban á la costa.

Caía la noche; las luces de gas comenzaban á sembrar de puntos brillantes y amarillos aquellos hacinamientos de objetos oscuros; los marineros oían ya el rodar de los carruajes y diversos ruidos de la ciudad que llegaban hasta ellos, pasando sobre el arsenal desierto y mezclados con las canciones de los borrachos.

Ives, por prudencia, había dejado á bordo, confiándolos á su compañero y amigo Barrada, casi todos sus ahorros que destinaba á su madre, y solamente se había reservado 50 francos para su diversión de aquella noche.

IV

— También mi marino, cuando está ebrio, duerme como un cachorro, señora Quéméneur.

— ¡Oh, señora Kervella! ¿También usted viene á dar su vueltecilla por el puerto?

— Espero á mi marido, que ha llegado hoy en el *Catinat*.

— Pues el mío, señora Kerdoncuff, cuando regresó de la China, durmió de un tirón cuarenta

y ocho horas seguidas. Y yo, amiga mía, ¿querrá usted creerlo? también me puse un poquito alegre: ¡si viera usted que vergüenza me dió después!... Pero ¡ca! si hay momentos en que es inevitable... Ya ve usted, hasta mi hija amaneció tendida en la escalera.

Estos y otros diálogos parecidos, en el tono cadencioso que caracteriza á los vecinos de Brest, se cruzan bajo los paraguas en mal uso, que el viento vuelve con frecuencia, entre mujeres vestidas con sendos impermeables y adornadas con sus característicos gorros puntiagudos; mujeres que esperan á la entrada de la monumental escalera de granito.

Sus respectivos maridos han regresado en el mismo buque en que viene Ives, y ellas aguardan allí como amantes esposas, sostenidas ya por un poco de aguardiente, y con los ojos entre alegres y enternecidos.

Detrás de estas señoras hay algunos otros grupos en los cuales la vista reposa y se recrea: aquí, muchachas de continente serio y aspecto digno, verdaderas esposas de marinos; allí, lindas jóvenes que esperan con ansiedad la llegada de sus novios; por acá, madres que han acudido desde pueblecillos próximos, engalanadas con los trajes de los días de fiesta y las faldas de tela

negra, con sedoso bordado. Algo estropea la lluvia estas galas, que no suelen renovarse dos veces en la vida; pero es menester honrar de alguna manera al hijo querido á quien dentro de muy poco se abrazará delante de todo el mundo.

— He ahí á la tripulación de *El Mágico* que entra en el puerto, señora Kerdoncuff.

— Y ahí están los marineros del *Catinat*, señora Quéméneur.

La entrada casi triunfal se realiza por grupos: primero el de los maridos de aquellas señoras. ¡Plaza á los viejos que pasan delante! La brea, el viento, el sol, el aguardiente, han ajado sus rostros. Cogidos cariñosamente del brazo con sus *ojes* respectivas, dispérsanse por aquellas sombrías de elevadas y antiguas casas de piedra. Dentro de un momento penetrarán en una habitación húmeda en la cual se aspira olor de pobreza, y merced al alcohol adquirido en la taberna próxima, encontrarán el olvido de esta separación cruel, recordando por breve tiempo aquellas pasiones de los veinte años.

Á este grupo sigue el segundo, el de los jóvenes á quienes esperan impacientes, novias apasionadas ó madres cariñosas. Por último, formados de cuatro en fondo suben los amplios esca-

lones de granito los mozos con quienes Ives va á *mojar* sus galones.

Las mujeres que los esperan están en la calle de los *Siete Santos*, colocadas en acecho cerca de las puertas de sus casas, distinguiéndose por sus cabellos peinados en rizos sobre la frente, su voz aguardentosa y su gesto horrible.

Dentro de muy poco serán para ellas las caricias de aquellos hombres, sus ardores tanto tiempo contenidos, y sobre todo su dinero. Porque los marineros, en el día de su regreso, suelen pagar bien; y á más de lo que voluntariamente dan, que no es poco, hay lo que puede quitárseles cuando por fortuna se embriagan.

Los compañeros de Ives miraban á su alrededor, indecisos, como trastornados, casi ebrios ya, sólo con encontrarse en tierra. ¿Adónde dirigirse? ¿Por dónde comenzar la diversión? Aquel viento, aquella lluvia copiosa y fría, aquella siniestra y casi lúgubre entrada de la noche, sólo servían para añadir atractivos al placer de los que tenían asegurados caliente hogar y cómodo albergue; pero los marineros, que de todo eso carecían, comprendieron muy pronto la necesidad de buscar abrigo; por el pronto recorrieron algunas calles agarrados del brazo y oblicuando el movimiento ya á la derecha, ya á la izquierda, seme-

jando á fieras domesticadas á quienes se hubiese dejado en libertad; después entraron en *El Desembarco*, ó sea en casa de la señora *Creachcadec*.

El Desembarco era un tenducho de vinos establecido en la calle de Siam.

En él se respiraba alcohol. Ives se sentó cerca del brasero: era la primera vez que en dos ó tres años se había sentado en una silla. ¡Fuego! ¡Cómo y cuánto se deleitaba saboreando aquel bienestar inusitado, de secarse al calor de una buena lumbre!

Á bordo, nunca se goza ese placer; ni aun en los grandes fríos del Cabo de Hornos ó de Islandia; ni aun en las humedades continuas, penetrantes, propias de las altas latitudes, puede uno secarse, ni buscar el calor del fuego. Durante los días y durante las noches permanece uno mojado y sólo puede procurarse alguna reacción con el movimiento, mientras se espera la salida del sol... que tarda siempre para los que esperan.

La señora *Creachcadec* era una madre para los marineros; cuantos la conocían podían decirlo. Les proporcionaba comidas y festines á precios económicos.

En el fondo de la taberna cocían los manjares sobre la encendida hornilla que llenaba el am-

biente con olor agradable de sopa apetitosa.

Oyóse en la calle gran estrépito; era que llegaba un grupo de marineros que á voz en grito cantaban, ajustándolas á un aire popular y alegre, las palabras *Kyrie, Christe, Dominum nostrum; Kyrie eleison...*

Entraron derribando las sillas, al mismo tiempo que una ráfaga de viento apagaba las luces de las lámparas.

Kyrie, Christe, Dominum nostrum... No eran muy apasionados los bretones por los cantos de esta índole, nacidos indudablemente en los barrios bajos de alguna ciudad populosa; sin embargo, el contraste entre la música y la letra les parecía divertido y excitaba su risa.

Los recién llegados procedían de *La Gauloise* y conocían á casi todos los que allí se hallaban, de quienes habían sido compañeros cuando todos eran grumetes. Uno de ellos se acercó á Ives y le dió un abrazo estrechísimo: era Kerboul, su camarada á bordo de *El Inflexible*. Él también se había transformado en un mocetón robusto y vigoroso y llevaba también en su manga los galones de estambre rojo.

Faltaba aire respirable en la taberna y sobraba estrépito. La señora Creachadec sirvió el vino caliente, despidiendo aromoso humo, primer

plato del banquete dispuesto... y las cabezas comenzaron á dar vueltas.

Mucho ruido y gran algazara hubo en Brest durante aquella noche; la policía urbana tuvo bastante que hacer hasta la madrugada.

En la calle de los Siete Santos y en la de San Ivón se oyeron, hasta muy entrado el día, canciones y gritos, y se presenciaron escenas de regocijo dignas de la rudeza del hombre primitivo.

Los marineros cantaban. Las mujeres, que acechaban las monedas de los marineros cuando afectaban escuchar sus canciones, mezclaban sus voces agudas á las profundas de aquellos hombres embriagados.

Fácilmente se reconocía á los últimos desembarcados por su color más bronceado, por el rostro más curtido y por sus ademanes más desenvueltos. Además, casi todos llevaban consigo algún objeto exótico: quién pasaba con un loro completamente mojado dentro de su jaula; cuál otro iba acompañado de un mono.

Éstos y aquéllos y todos cantaban, á grito herido, coplas que harían ruborizar á un guardacantón, ó bien aires del Mediodía ó cantos vascos; sobre todo tristes melodías bretonas que parecían aires antiguos de *binión*, legados por los celtas de la leyenda.

Los más sencillos se limitaban á corear á sus compañeros; discurrían cantando y voceando por las calles, abrazábanse unos á otros, y sin conciencia de su fuerza rompían las puertas y atropellaban á los transeuntes sin intención alguna de hacerlo.

Adelantaba la noche; solamente los sitios consagrados al vicio permanecían abiertos; la lluvia seguía cayendo sobre aquella exuberancia de alegrías salvajes.

V

Son las seis de la mañana del día siguiente. Una masa negra, con apariencias vagas de forma humana, se encuentra en un arroyo. La oscuridad es la misma; igual la lluvia, menuda y fría; idéntico el ruido del viento de invierno, viento que había *velado*, como suelen decir los marinos, y que gimiendo había pasado la noche.

La masa de que se habla encontrábase un poco más arriba del puerto de Brest, al pie de las murallas, en un lugar adonde el hábito suele arrastrar á los marineros que no tienen albergue, que se hallan completamente borrachos, y que han tenido, en un momento lúcido, la intención

vaga de regresar á su barco y han dado con su cuerpo en tierra á la mitad del camino.

Echábase de ver ya ese débil resplandor que precede al crepúsculo matutino; algo pálido deslucido... un día de invierno levantándose sobre masas de granito. El agua resbalaba sobre aquella forma humana que estaba en tierra, y caía después en ruidosa cascada por el sumidero de una alcantarilla.

Empezó á clarear; un rayo de luz se atrevió á deslizarse á lo largo de las graníticas murallas. La masa negra tendida en el arroyo era efectivamente el cuerpo de un hombre; un marinero que estaba tumbado con los brazos en cruz.

Un transeunte produjo con sus zuecos de madera sobre el duro empedrado gran ruido, y pasó como titubeando; después pasó otro, después otros muchos: ninguno se detenía. Seguían todos dirección idéntica hacia una calle baja que terminaba en la verja del puerto de guerra.

Poco tardó en ser extraordinario y atronador aquel ruido de zuecos; ruido continuo, molesto, como la música de una pesadilla.

Cientos y cientos de zuecos que por todas partes llegaban, iban desfilando por la calle baja, á modo de procesión matinal. Eran los obreros que se dirigían al arsenal, no repuestos aún de los

excesos de la víspera, con el paso mal seguro y sin expresión la mirada.

También andaban por allí mujerzuelas feas, astrosas y mojadas, que iban de derecha á izquierda, como si buscasen á alguno; en aquella media claridad solían mirar descaradamente á los hombres, acechaban allí para convencerse de que el marido ó el hijo habían salido de las tabernas y se dirigían al trabajo.

También fué examinado por ellas el hombre tendido en el arroyo. Echábase de ver que los rasgos de aquella fisonomía eran juveniles, pero ya endurecidos; que tenían cierta rigidez cada- vérica; que los labios se hallaban contraídos y apretados; pero no le conocían, y además no era trabajador, toda vez que su traje decía muy claramente que era marinero.

Esto no obstante, una mujer, madre de un marinero, intentó, más compasiva que las otras, separarle del arroyo; no pudo lograrlo, porque el peso era excesivo.

— ¡Qué cadáver más grande! exclamó volviendo á dejar caer los brazos del marinero que había levantado del suelo.

Este cuerpo, sobre el cual había caído toda la lluvia de la noche, era el de Ives. Poco después, cuando era ya de día completo, varios ca-

maradas suyos le reconocieron al pasar y se lo llevaron.

Acostáronle, completamente mojado por el agua del arroyo, en el fondo del bote, y dirigieron su rumbo hacia el buque, al cual llegaron al fin, bien que no sin trabajo, pues el mar continuaba alborotado y les era contrario el viento.

VI

Ives se despertó poco á poco hacia la caída de la tarde. Experimentó entonces, y de pronto, sensaciones muy dolorosas, que reaparecían una á una, como si resucitase con lentitud de una especie de muerte. Sentía frío; un frío que penetraba hasta la medula de sus huesos.

Hallábase entumecido: acostado durante muchas horas sobre un lecho muy duro, intentó, casi sin darse cuenta de ello, hacer un movimiento para volverse; pero su pie izquierdo, en el que sintió de pronto un terrible dolor, estaba sujeto por una cosa rígida, contra la cual comprendiase bien que era inútil luchar. Sí; Ives conocía por experiencia esta sensación, y comprendió lo que era aquel objeto: la cadena.

Sabía de memoria aquel despertar inevitable